



# Real Oratorio del Caballero de Gracia

5 de marzo de 2016

## Conferencia sobre la Sábana Santa

**E**l viernes 5 de marzo hemos tenido una conferencia sobre la Sábana Santa, a cargo de María Teresa Rute, Delegada del Centro español de Sindonología y autora del libro “¿El rostro de Cristo?”, que recomendamos: un estudio científico y pormenorizado de todo lo que hasta el momento se ha estudiado acerca de este misterioso lienzo, en el que –por tantas pruebas históricas y científicas que lo avalan– hay que concluir que es la Santa Síndone en la que fue envuelto el Cuerpo del Señor.

Los estudios científicos –de paleontólogos, médicos, bioquímicos, hematólogos, físicos, historiadores, etc– no pretenden decir “hemos demostrado que es la Sábana Santa”, pero aportan tal cantidad de datos coincidentes que el que los conoce concluye por sí mismo que ese lienzo es el que envolvió al Señor, y el hombre que aparece reflejado en ella es Cristo.

Lo que la ciencia no sabe es cómo aparece reflejado el hombre de la sábana. Se sabe que no ha sido pintado, ni dibujado. La imagen es resistente a la luz, al calor, no tiene trazos de pintura alguna. Además la imagen está impresa sólo en la parte de la tela que estaba en contacto con el cuerpo del hombre que fue envuelto en ella, por la parte superior y la inferior del cuerpo. Pero los otros dos lados de la tela –los externos, tanto por arriba como por abajo del cuerpo– no tienen ni rastro de la imagen del hombre. ¿Fue una radiación fugaz lo que imprimió la imagen? Los hilos del lienzo (la tela es lino puro, sin mezcla) aparecen



como ligeramente “chamuscados”, como “oxidados” o degradados, como si esa supuesta radiación los hubiera afectado de esa manera, durante un breve instante de tiempo. Pero esto es un modo de decir, para intentar explicarlo.

Si es el cuerpo de Cristo el envuelto en la tela, la resurrección del cuerpo del Señor fue, sin duda, la que motivó esa alteración del lienzo y dejó impresa la imagen. Pero todo en un instante, porque la imagen es la de un hombre muerto, un cadáver que ha padecido lo indecible..., y de pronto resucita y la imagen que deja gravada es la del cadáver. Se sabe también que el mero contacto de un cuerpo



muerto, y embalsamado, no puede producir la impresión que vemos en la Sábana Santa. Se han hecho muchos intentos de reproducir una imagen semejante por diversos medios artificiales y ninguno se puede comparar al hombre de la Síndone.

Recogemos aquí algunos datos sobre la Sábana Santa, que publicamos en su día en el

boletín de la peregrinación a Turín en el 2010. Muchos de ellos y algunos otros fueron expuestos con gran claridad y precisión por nuestra ilustre conferenciante, a la que agradecemos mucho su intervención.

### **Historia del itinerario de la Sábana**

La historia de la Síndone en los primeros siglos, como es lógico, no es conocida con los detalles y la seguridad que tenemos en los siglos posteriores. Incluso hay opiniones o pareceres diversos. Hasta el s. VI, las imágenes sobre Cristo eran muy distintas entre sí, y también con relación a las que se conservan a partir de esa época. A partir del s. VI hay ya gran parecido en todas: rasgos comunes que, curiosamente, coinciden con la expresión del rostro del “hombre de la Síndone”.

Se piensa que la Sábana Santa –o Síndone, si no quiere prejuizarse que efectivamente se trate del lienzo que envolvió a Nuestro Señor– hasta el s. VI estuvo perdida, es decir, en paradero desconocido, y reapareció en esa época en Edesa (hoy Urfa, en Turquía). Se ha dicho que posiblemente





fue enviada allí siglos antes por uno de los primeros cristianos, como reliquia del Señor, para que curara el rey de Edesa, enfermo de lepra. Habría sido enviada doblada –o se conservó así–, dejando visible sólo la cara, pues se consideraba intocable el Sudario.

Según algunos investigadores el rey de Edesa, Abgar V el Negro, era contemporáneo de Nuestro Señor. Envió emisarios a buscar a Jesús para que le curara de la lepra. Según datos que se aportan en algunos libros, el Señor le habría hecho saber que le enviaría a un discípulo suyo. Abgar se curó de la lepra y se convirtieron él y todo su reino, de modo que Edesa habría sido la capital del primer reino cristiano de la historia. El lienzo habría llegado tiempo después de la Resurrección, traído por San Judas Tadeo, según la leyenda; según otros, habría sido un discípulo llamado Aday.

Para otros, los discípulos, tras la Resurrección del Señor, habrían recogido la Sábana y la habrían guardado en Jerusalén hasta el asedio de Tito, el año 70. La guardarían en secreto, porque las leyes judías impedían o prohibían tocar objetos que hubieran estado en contacto con los muertos, bajo la pena de impureza legal. Habría llegado a Bizancio tras la caída del Imperio romano de Occidente.

El lienzo, tras la apostasía de un sucesor de Abgar V, se escondería en las murallas de la ciudad y, en el año 525, coincidiendo con la invasión de los persas, se encontró, y se veneró hasta el año 944, en que tras una guerra fue arrebatado y llevado a Constantinopla,

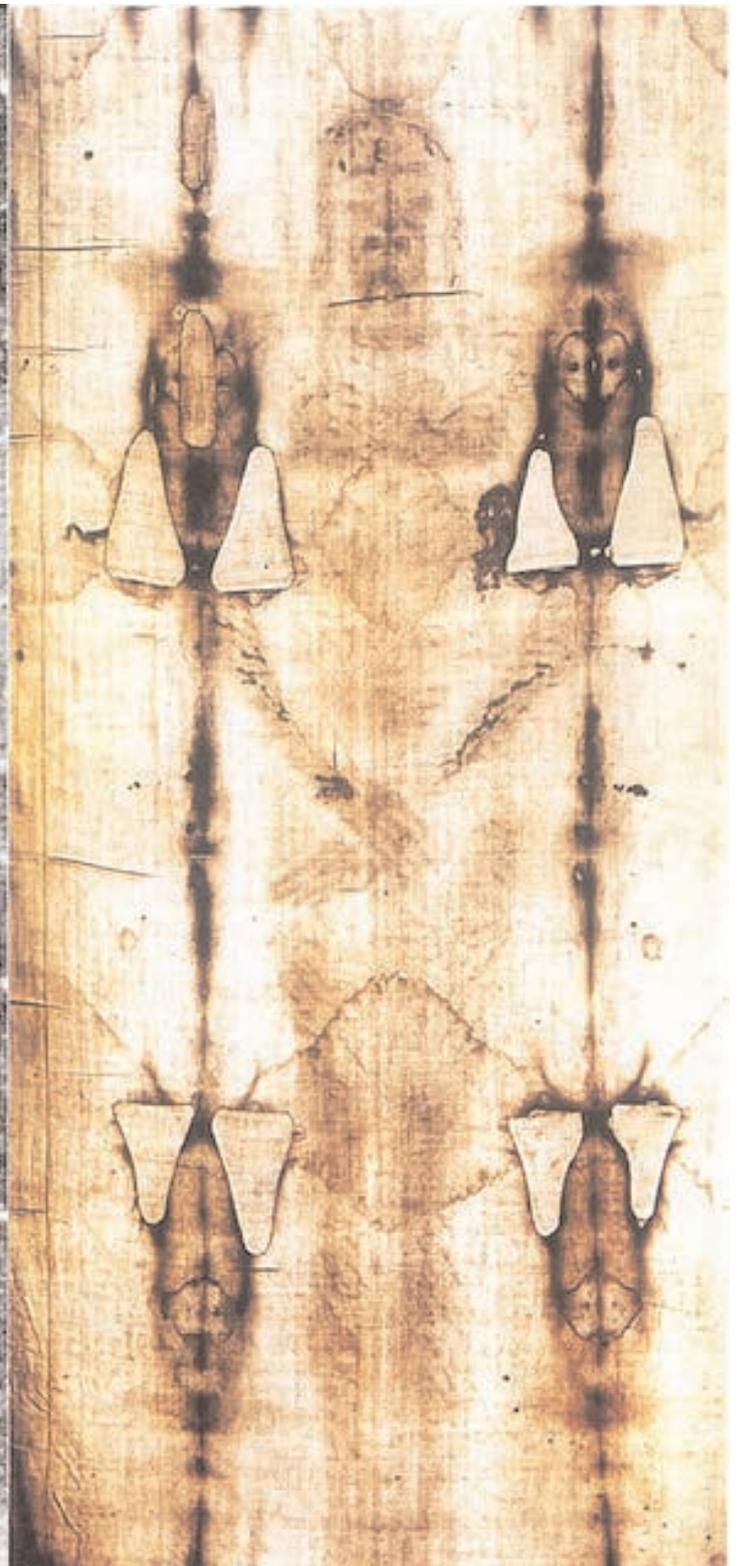
pues los bizantinos eran muy amigos de las reliquias y querían ese rostro “no hecho por mano de hombre”.

En Constantinopla permaneció hasta que en 1204, tras la IV Cruzada, los Templarios la llevaron a Francia. Se cree que debieron ser ellos porque en la casa madre de la orden, en Inglaterra, se encontró una pintura idéntica a la cara del “hombre de la Síndone”. En Constantinopla ya se enseñaba el lienzo desdoblado, en la Basílica de Santa María Blanca.

Según otras fuentes, en 1208 era propiedad del obispo de Besaçon, y se veneró en la Catedral de Saint-Étienne hasta 1349. Hubo un incendio y desapareció. Ocho años después está en manos del Conde Godofredo de Charny, donada por el rey Felipe V de Valois. Charny la depositó en la Colegiata de Lirey.

Tras diversos cambios de “dueños”, la viuda de Humberto de la Roche, Margarita de Charny, la donó en 1452 a la esposa del Duque de Saboya, Ana de Lusignan, que construyó una iglesia en Chambéry para alojar la Sábana Santa (1490). Años después, en 1532 se produjo un incendio en la iglesia y se quemó un poco, por unas gotas de plata fundida de la urna en que se encontraba, quemando los picos de la tela que estaba doblada, aunque sin dañar la imagen central. Las Clarisas de Chambéry la remendaron, utilizando unos trozos de tela claramente diferenciables de la Síndone.

En 1578 está ya en Turín, en la capital del Ducado de Saboya, donde aún se encuentra,



en la Catedral; en la capilla construida por Guarini desde 1694.

La famosa fotografía del abogado Secondo Pía es de 1898, del 25 de mayo. Se hizo la ostensión y la foto con motivo de la boda de Víctor Manuel III, con exposición de 20 y 30 minutos y placas de oxalato de hierro que se revelaban en baños de hiposulfitos.

El Papa León XIII fue el primer pontífice en ver la fotografía. En siglo XX la Sábana ha sido expuesta sólo 4 veces.

## La “fotografía”

La Sábana en sí es un negativo del hombre que estuvo envuelto en ella. Si fotografiamos la Sábana, el negativo sería el verdadero positivo. En la Sábana, la imagen que aparece está invertida –lo que aparece en la izquierda en la realidad o positivo estaría en la derecha, y viceversa–, y lo que aparece negro corresponde en realidad a lo blanco. Solo esto es suficiente para probar que la Sábana Santa no puede ser

un fraude (una pintura hecha en la Edad Media), porque en época medieval no se conocía la técnica fotográfica.

## Características de la Sábana Santa

Es una pieza de 4,36 por 1,10 m, de una sarga de lino. Es una sarga trenzada de cuatro, en espiga, o espina de pescado. En Europa no se fabricó sarga hasta el s. XV; como la Síndone está en Europa desde el s. XIV, ha de proceder de otro sitio. En Palmira, al este de Damasco, se producían sargas de lino y se exportaban a Jerusalén.

## Los datos anatómicos y “forenses”

Son abundantísimos y de un enorme interés. Aquí señalamos sólo algunos.

En la parte central, lado izquierdo mirando de frente, aparece la imagen anterior de un cuerpo completamente desnudo, y por el otro, a la derecha la imagen posterior. Ambas se unen por la cabeza.

Corresponde a un hombre de 1,80 a 1,83 de estatura, de rasgos semíticos, con la nariz larga y fina, boca oculta en parte por el bigote, firmemente cerrada; los ojos grandes y hundidos, los cabellos abundantes y lacios, peinado con raya en medio, melena larga y bigote, y barba partida ligeramente en dos (recuerda la frase la Escritura, “mesaron mi barba”; es decir, me arrancaron la barba). Labios finos, no en exceso.

Da impresión de serenidad. Se ha dicho que no parece el rostro de un hombre muerto, ni siquiera el de un hombre dormido: su expresión es como de una intensa concentración espiritual y profunda serenidad: de una majestad inigualable y de una estable y dramática paz. Los ojos cerrados no expresan desfallecimiento: reposan, no desfallecen, sino que esperan; su mirada traspasa los párpados cerrados.

La mejilla derecha está golpeada, el cartílago de la nariz roto (tal vez por alguna de las caídas del Señor cargado con la Cruz) y el pómulo hinchado (posiblemente por el golpe con la mano

izquierda —los judíos eran zurdos, acostumbrados a escribir con la mano izquierda, de derecha a izquierda— del siervo que le dijo al Señor: “¿Así contestas al Pontífice?”, y le golpeó, *Jn* 18,22). La frente es cuadrada y espaciosa.

La corona de espinas no es una corona sino un casquete que cubre toda la cabeza. Era un arco de juncos en el que se apoyaba el entramado de ramas espinosas. En la frente hay un reguero de sangre en forma de la letra griega “épsilon”, como un 3 vuelto hacia la derecha. Esa forma se debe a las arrugas de la frente por el dolor, que impide que la sangre baje en línea recta. En el resto de la cara hay restos de sudor de sangre (recordemos el sudor de sangre o hematohidrosis en el Huerto de los Olivos la noche anterior).

La espalda y los hombros están materialmente destrozados por la flagelación y por el madero de la Cruz que cargó sobre ellos: era un travesaño (*patibulum*) de unos 40 kg. atado sobre los dos hombros. De la Torre Antonia, donde comenzó cargado con la Cruz, hasta el Calvario hay unos 500 metros, 370 por calles mal empedradas, y el resto cuesta arriba. También hay tierra caliza, como la de Palestina, en la nariz, las rodillas y la planta de los pies.

Se pueden contar hasta más de cien golpes de látigo (por la espalda y delante), con los flagelos romanos, que tenían bolas de plomo en las puntas que se clavaban en la piel y la arrancaban.

Las manos son largas y finas pero fuertes. No tan manchadas de sangre como los pies, por la posición en la cruz. Hay un agujero de un clavo en el carpo (no en la palma de la mano o metacarpo, pues en esa zona no aguantaría el peso del cuerpo), en el llamado espacio de Destot, entre dos de los huesos del carpo. Pero por esa zona pasa el nervio mediano, de gran sensibilidad, y al estimularlo retrae el dedo pulgar al que inerva (por eso en la Síndone se ven cuatro dedos de las manos, no cinco: el pulgar no se ve, está girado hacia la palma de la mano y cubierto por ella).

En los antebrazos hay regueros de sangre en dos direcciones: una corresponde a la posición del cuerpo, con las piernas algo flexionadas,

sosteniéndose sobre todo con los clavos de las manos, y con los brazos extendidos. Pero como en esa postura el crucificado no puede inspirar el aire, tiene que elevarse para hacerlo y entonces los brazos están más horizontales al suelo y la sangre cae en otra dirección; enseguida, el dolor del clavo en los pies le obliga a dejarse caer de nuevo, y así sucesivamente. Al final, la muerte será por asfixia, a la que se une la hemorragia y el dolor que ocasiona un *shock* (dilatación de las arterias, bajada de tensión, parada cardíaca). El Señor murió a las tres horas de ser crucificado. Las manos están rozadas en el dorso, por el roce con la cruz al “subir” y “bajar” para intentar respirar.

En el costado hay una herida, pero en la parte derecha del esternón. Las dimensiones corresponden a la anchura de las lanzas romanas (4,5 por 1,5 cm.). Los bordes están flácidos, como indicando que ya había muerto cuando le clavaron la lanza. Probablemente fue hecha a caballo, con la mano izquierda según las leyes de la esgrima romana: los soldados romanos atacaban por la derecha, porque el lado izquierdo, el del corazón, lo protegían con el escudo. La herida está abierta en ángulo recto con la vertical, junto a la 6ª costilla, llegando hasta la aurícula derecha. Salió sangre y agua (en la aurícula derecha hay sangre en una persona muerta); el agua propiamente es el líquido pericárdico que rodea al corazón. “Mirarán a Aquél al que traspasaron”, profetizó Zacarías cinco siglos antes (*Zac* 12,10). Pero recordemos que el Señor había dicho, “Yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita. Soy quien la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla” (*Jn* 10,17-18)

En los pies está el agujero del clavo entre el 2º y el 3º metatarsiano. Los pies están llenos de sangre, excepto el lugar del talón en el que apoyaron los dedos de las manos que portaron al Señor al bajarlo de la Cruz y llevarlo al sepulcro.

La pierna izquierda está algo más corta que la derecha, por haber estado algo doblada al clavarse sobre la derecha. Por el rigor cadavérico —mayor por la deshidratación— no se podían estirar bien las piernas.



En resumen, puede decirse que los datos médicos indican que el hombre de la Síndone murió en una cruz; los datos que aporta la Sábana coinciden con los datos que conocemos de la Pasión del Señor. Esos datos no se pueden reproducir en el s. XIII.

Otros detalles interesantes son que el cuerpo que cubrió esa Sábana, fue enterrado y amortajado, cosa rarísima en aquellos tiempos entre los crucificados. Además, el amortajamiento fue incompleto: no se lavó el cadáver. Y el hombre de la Síndone fue alanceado, pero no quebrado. Y el cuerpo o fue robado —lo que en el caso del Señor no fue posible, por la custodia, por el temor de los Apóstoles, por el respeto de los judíos a los difuntos, y porque se habría desgarrado el sudario al separarlo del cuerpo pegado a él—, o resucitó...

## Otros datos de estudios científicos de la Síndone

En 1973, el profesor Max Frei, botánico y criminalista, experto en pólenes, observó que el 10% del peso de la tela se debía a materia añadida a lo largo de los siglos (esto solo puede modificar los resultados de la prueba de antigüedad hecha con el C14). Encontró 59 especies de pólenes diversos. De ellos, el 75% corresponde a plantas que no se dan en Europa, y coinciden con zonas donde ha estado la Sábana Santa antes del s. XIII: plantas alofitas de zonas desérticas; algunos de Turquía y Jerusalén. Por ejemplo, hay dos pólenes idénticos a los encontrados en el Mar

Muerto, de hace 2000 años (cuevas del Qumram, etc.).

En 1970, los doctores en Física Jackson y Jumper, de las Fuerzas Aéreas de los EEUU, llevaron a cabo proyecto de investigación en el que descubrieron la tridimensionalidad de la imagen de la Sábana Santa, utilizando un microdensímetro electrónico que utilizan para las fotografías que se hacen de Marte. Vieron que según la mayor o menor proximidad de cuerpo a la tela, la huella es más intensa donde contacta más con el cuerpo. Hicieron unas 300 pruebas de espectrometría y unas 5000 fotografías (con luz visible, ultravioleta, infrarrojos, Rayos X y Rayos gamma). Y las conclusiones que obtuvieron fueron:

Hay restos abundantes de sangre humana, del grupo AB (averiguado con fluorescencia de antígenos), típica de la raza hebrea, mientras que sólo se da en un 3% en el resto del mundo. La localización de la sangre es correcta anatómicamente.

Es interesante saber que ni aparece pintura ninguna añadida a la tela: no hay ningún pigmento artificial. Lo único que aparece son restos de mirra y áloe, y pequeñas partículas de óxido de hierro que pueden proceder de la fermentación del lino.

Solo algunas fibras aparecen decoloradas, como sometidas a una radiación. Y esa decoloración es la que forma la imagen: se considera que es por oxidación de la celulosa del lino: según han dicho científicos de la NASA, la decoloración o color amarillento es por una deshidratación producida –dicen– por una posible emisión de energía intensísima pero breve. Unas fibras están más oscurecidas que otras, según hayan tenido una mayor o menos oxidación. Y están más oscurecidas las que se encuentran más cerca del cuerpo que cubrió la tela. Si hubiera habido radiación –lo que no se puede probar– esto también alteraría el C14, porque parte de la molécula de Carbono normal o C12 pasaría a C14.

El agua y el calor del fuego no afecta a la imagen. La impronta es invisible a menos de dos metros: en la hipótesis no probada de que la hubiera pintado alguien, tendría que



haberla pintado al menos desde esa distancia.

#### **Por tanto las características de la imagen son:**

- ◆ es tridimensional;
- ◆ negatividad (es un negativo fotográfico);
- ◆ superficialidad (en el sentido de que no hay alteración de las fibras profundas);
- ◆ ausencia de pigmento o pintura;
- ◆ estabilidad térmica;
- ◆ no direccionalidad (no pinceladas): el “foco” es el propio cuerpo;
- ◆ estabilidad química: no puede quitarse el oscurecimiento de las fibras con reactivos químicos;
- ◆ estabilidad al agua, y
- ◆ pormenorización: muy rica en detalles.

En cuanto a los últimos estudios realizados para analizar la antigüedad de la tela con el C14, en 1988, un laboratorio de Arizona, otro de Oxford y otro de Zurich, llegaron a conclusiones equivocadas según los mismos investigadores comunicaron en un segundo momento, porque no se habían observado correctamente los protocolos de la prueba: el trozo de tela utilizado estaba impregnado de sustancias que aumentaban la cantidad de



El Papa Francisco rezó en el 2015 ante la Sábana.

carbono, por las huellas de las manos, por el agua y el fuego del incendio anterior, humo de las velas, polvo, pólenes... El profesor Libby, inventor de la prueba del C14 y Premio Nobel de Física, se opuso a aplicar esta prueba a la Sábana Santa, porque sabía que el nivel de contaminación falsearía los resultados.

El C14 es una variante del C12, que es el carbono corriente. El C14 tiene dos isótopos más en el núcleo. Se produce en las capas altas de la atmósfera. Todos tenemos una pequeña parte de C14 (un átomo por cada 5.000 millones de átomos de C12). La desintegración del C14 es muy lenta, por eso sirve para ver la edad de un determinado objeto: se reduce a la mitad en algo más de 5.000 años. La prueba la hicieron quemando un trozo de la tela y midiendo la cantidad de C14 en un acelerador de partículas.

En todo caso en el estudio científico de la Sábana Santa se pueden distinguir tres aspectos: lo que se refiere a la tela, lo que se refiere a la imagen y lo que se refiere al personaje. Se ha tratado de averiguar la edad de la tela. En el hipotético caso de que la tela fuera del siglo XIV quedaría por explicar cómo se ha formado ahí la imagen y quién sería entonces el personaje.

El que en esos años era Cardenal de Turín, el Cardenal Ballestrero, aceptó el resultado de la

prueba antes de que se hiciera una valoración científica del resultado, quizá por la presión mediática de esos momentos. Dio por oficiales los resultados que luego fueron denegados por los propios científicos, pero ya la falsedad de la edad de la tela se había difundido.

En todo caso la Sábana de Turín no es objeto de fe; puede creerse o no que en ella estuvo envuelto Jesucristo, sin que eso afecte a la creencia en la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

### **“Entró el otro discípulo... vio y creyó” (Jn 20,8)**

Terminamos con este versículo del evangelio de San Juan sobre la resurrección del Señor. Poco antes nos dice San Juan que cuando llega al sepulcro Pedro, “entró y vio los lienzos caídos, y el sudario que había sido puesto en su cabeza, no plegado junto con los lienzos, sino aparte, todavía enrollado en un sitio” (Jn 20,7). Y luego entró Juan y “vio y creyó”. Lo que vio es lo que describe en el Evangelio: que la Sábana –los lienzos– estaba “flácida”, caída, vacía, no contenía el cuerpo. Si hubieran robado el cuerpo del Señor la Sábana no estaría así, “vacía”, sino de cualquier otra manera, o incluso no estaría, pero no “ordenada” pero sin el cuerpo del Señor.

## ANEXOS

Añadimos aquí el discurso de San Juan Pablo II y el de Benedicto XVI ante la Sábana Santa, por su especial valor.

# Discurso del Papa Juan Pablo II durante la celebración de la Palabra ante la Sábana Santa

Catedral de Turín, Domingo 24 de mayo de 1998

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

1. Con la mirada dirigida a la Sábana santa, deseo saludaros cordialmente a todos vosotros, fieles de la Iglesia turinesa. Saludo a los peregrinos que durante el período de esta ostensión vienen de todo el mundo para contemplar uno de los signos más conmovedores del amor sufriente del Redentor.

Al entrar en la catedral, que muestra aún las heridas causadas por el terrible incendio que se produjo hace un año, me he recogido en adoración ante la Eucaristía, el sacramento que está en el centro de las atenciones de la Iglesia y que, bajo apariencias humildes, conserva la presencia verdadera, real y sustancial de Cristo. A la luz de la presencia de Cristo en medio de nosotros, me he arrodillado ante la Sábana santa, el precioso lienzo que nos puede ayudar a comprender mejor el misterio del amor que nos tiene el Hijo de Dios.

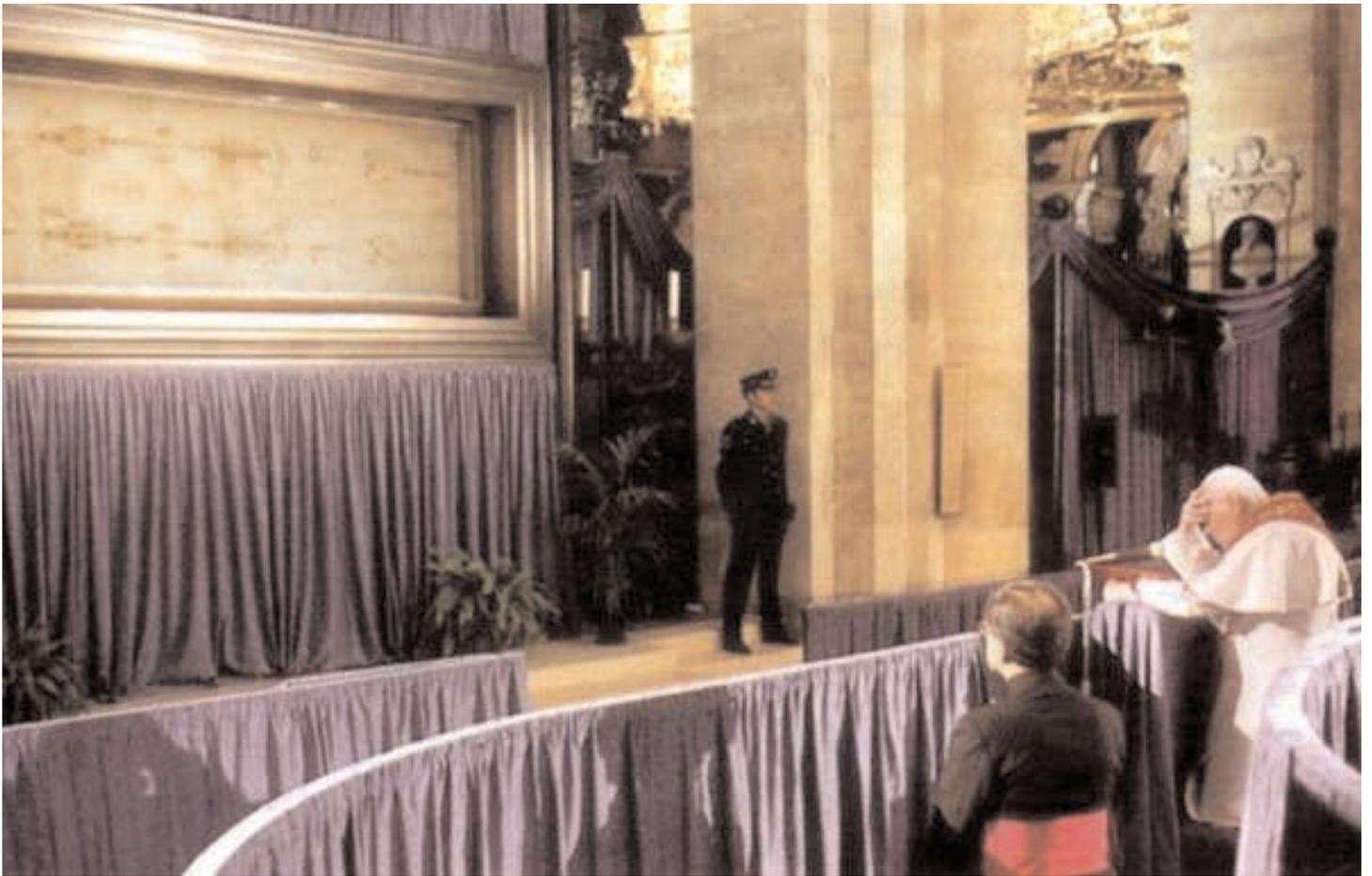
Ante la Sábana santa, imagen intensa y conmovedora de un dolor indescriptible, deseo dar gracias al Señor por este don singular, que pide al creyente atención amorosa y disponibilidad plena al seguimiento del Señor.

2. *La Sábana santa es un reto a la inteligencia.* Ante todo, exige de cada hombre, en particular del investigador, un esfuerzo para captar con humildad el mensaje profundo que transmite a su razón y a su vida. La fascinación misteriosa que ejerce la Sábana santa impulsa a formular preguntas sobre la relación entre ese lienzo sagrado y los hechos de la historia de Jesús. Dado que no se trata de una materia de fe, la Iglesia no tiene competencia específica para pronunciarse sobre esas cuestiones.

Encomienda a los científicos la tarea de continuar investigando para encontrar respuestas adecuadas a los interrogantes relacionados con este lienzo que, según la tradición, envolvió el cuerpo de nuestro Redentor cuando fue depuesto de la cruz. La Iglesia los exhorta a afrontar el estudio de la Sábana santa sin actitudes preconcebidas, que den por descontado resultados que no son tales; los invita a actuar con libertad interior y respeto solícito, tanto en lo que respecta a la metodología científica como a la sensibilidad de los creyentes.

3. Para el creyente cuenta sobre todo el hecho de que la *Sábana santa es espejo del Evangelio*. En efecto, si se reflexiona sobre este lienzo sagrado, no se puede prescindir de la consideración de que la imagen presente en él tiene una relación tan profunda con cuanto narran los evangelios sobre la pasión y muerte de Jesús, que todo hombre sensible se siente interiormente impresionado y conmovido al contemplarlo. Además, quien se acerca a la Sábana santa es consciente de que no detiene en sí misma el corazón de la gente, sino que remite a Aquel a cuyo servicio lo puso la Providencia amorosa del Padre. Por tanto, es justo alimentar la conciencia del precioso valor de esta imagen, que todos ven y nadie, por ahora, logra explicar. Para toda persona reflexiva es motivo de consideraciones profundas, que pueden llegar a comprometer su vida.

Así, la Sábana santa constituye un signo verdaderamente singular que remite a Jesús, la Palabra verdadera del Padre, e invita a conformar la propia vida a la de Aquel que se entregó a sí mismo por nosotros.



4. *En la Sábana santa se refleja la imagen del sufrimiento humano.* Recuerda al hombre moderno, distraído a menudo por el bienestar y las conquistas tecnológicas, el drama de tantos hermanos, y lo invita a interrogarse sobre el misterio del dolor, para profundizar en sus causas. La impronta del cuerpo martirizado del Crucificado, al testimoniar la tremenda capacidad del hombre de causar dolor y muerte a sus semejantes, se presenta como el *icono del sufrimiento del inocente* de todos los tiempos: de las innumerables tragedias que han marcado la historia pasada, y de los dramas que siguen consumándose en el mundo.

Ante la Sábana santa, ¿cómo no pensar en los millones de hombres que mueren de hambre, en los horrores perpetrados en las numerosas guerras que ensangrientan a las naciones, en la explotación brutal de mujeres y niños, en los millones de seres humanos que viven en la miseria y humillados en los suburbios de las metrópolis, especialmente en los países en vías de desarrollo? ¿Cómo no recordar con conmoción y piedad a cuantos no pueden gozar de los derechos civiles elemen-

tales, a las víctimas de la tortura y del terrorismo, y a los esclavos de organizaciones criminales?

Al evocar esas situaciones dramáticas, la Sábana santa no sólo nos impulsa a salir de nuestro egoísmo; también nos lleva a descubrir el misterio del dolor que, santificado por el sacrificio de Cristo, engendra salvación para toda la humanidad. Imagen del pecado del hombre y del amor de Dios

5. *La Sábana santa es también imagen del amor de Dios, así como del pecado del hombre.* Invita a redescubrir la causa última de la muerte redentora de Jesús. En el inconmensurable sufrimiento que documenta, el amor de Aquel que «tanto amó al mundo que dio a su Hijo único» (Jn 3, 16) se hace casi palpable y manifiesta sus sorprendentes dimensiones. Ante ella, los creyentes no pueden menos de exclamar con toda verdad: «*Señor, ¡no podías amarme más!*», y darse cuenta en seguida de que *el pecado es el responsable de ese sufrimiento*: los pecados de todo ser humano.

Al hablarnos de amor y de pecado, la Sábana santa nos invita a todos a imprimir en nues-

tro espíritu el rostro del amor de Dios, para apartar de él la tremenda realidad del pecado. La contemplación de ese Cuerpo martirizado ayuda al hombre contemporáneo a liberarse de la superficialidad y del egoísmo con los que, muy a menudo, considera el amor y el pecado. La Sábana santa, haciéndose eco de la palabra de Dios y de siglos de conciencia cristiana, susurra: cree en el amor de Dios, el mayor tesoro dado a la humanidad, y huye del pecado, la mayor desgracia de la historia.

6. *La Sábana santa es también imagen de impotencia*: impotencia de la muerte, en la que se manifiesta la consecuencia extrema del misterio de la Encarnación. Ese lienzo sagrado nos impulsa a afrontar el aspecto más desconcertante del misterio de la Encarnación, que es también el que muestra con cuánta verdad Dios se hizo verdaderamente hombre, asumiendo nuestra condición en todo, excepto en el pecado. A todos desconcierta el pensamiento de que ni siquiera el Hijo de Dios resistió a la fuerza de la muerte; pero a todos nos conmueve el pensamiento de que participó de tal modo en nuestra condición humana, que quiso someterse a la impotencia total del momento en que se apaga la vida. Es la experiencia del Sábado santo, paso importante del camino de Jesús hacia la gloria, de la que se desprende un rayo de luz que ilumina el dolor y la muerte de todo hombre.

La fe, al recordarnos la victoria de Cristo, nos comunica la certeza de que el sepulcro no es el fin último de la existencia. Dios nos llama a la resurrección y a la vida inmortal.

7. *La Sábana santa es imagen del silencio*. Existe el silencio trágico de la incomunicabilidad, que tiene en la muerte su mayor expresión; y existe el silencio de la fecundidad, propio de quien renuncia a hacerse oír en el exterior, para alcanzar en lo profundo las raíces de la verdad y de la vida. La Sábana santa no sólo expresa el silencio de la muerte, sino también el silencio valiente y fecundo de la superación de lo efímero, gracias a la inmersión total en el eterno presente de Dios. Así, brinda la conmo-

vedora confirmación del hecho de que la omnipotencia misericordiosa de nuestro Dios no ha sido detenida por ninguna fuerza del mal, sino que, por el contrario, sabe hacer que incluso la fuerza del mal contribuya al bien. Nuestro tiempo necesita redescubrir la fecundidad del silencio, para superar la disipación de los sonidos, de las imágenes y de la palabrería, que muy a menudo impiden escuchar la voz de Dios.

8. Amadísimos hermanos y hermanas, vuestro arzobispo, el querido cardenal Giovanni Saldarini, custodio pontificio de la Sábana santa, ha propuesto como lema de esta ostensión solemne las palabras: «*Todos los hombres verán tu salvación*». Sí, la peregrinación que grandes multitudes están realizando a esta ciudad es precisamente un «venir a ver» este signo trágico e iluminador de la Pasión, que anuncia el amor del Redentor. Este icono del Cristo abandonado en la condición dramática y solemne de la muerte, que desde hace siglos es objeto de significativas representaciones y que, desde hace cien años, gracias a la fotografía, se ha difundido en muchísimas reproducciones, nos exhorta a penetrar en el misterio de la vida y de la muerte para descubrir el mensaje, grande y consolador, que se nos da en ella. La Sábana santa nos presenta a Jesús en el momento de su máxima impotencia, y nos recuerda que en la anulación de esa muerte está la salvación del mundo entero. La Sábana santa se convierte, así, en una invitación a vivir cada experiencia, incluso la del sufrimiento y de la suprema impotencia, con la actitud de quien cree que el amor misericordioso de Dios vence toda pobreza, todo condicionamiento y toda tentación de desesperación.

Que el Espíritu de Dios, que habita en nuestro corazón, suscite en cada uno el deseo y la generosidad necesarios para acoger el mensaje de la Sábana santa y hacer de él el criterio inspirador de su existencia.

Anima Christi sanctifica me!  
Corpus Christi salva me!  
Passio Christi conforta me!  
Intra tua vulnera abscondi me!



## Visita Pastoral a Turín

# **Veneración de la Sábana Santa Meditación del Santo Padre Benedicto XVI**

**Domingo 2 de mayo de 2010**

*Queridos amigos:*

Este es un momento muy esperado para mí. En otras varias ocasiones he estado ante la Sábana Santa, pero ahora vivo esta peregrinación y este momento con particular intensidad: quizá porque el paso de los años me hace todavía más sensible al mensaje de este extraordinario icono; quizá, y diría sobre todo, porque estoy aquí como Sucesor de Pedro y traigo en mi corazón a toda la Iglesia, más aún, a toda la humanidad. Doy gracias a Dios por el don de esta peregrinación y también por la oportunidad de compartir con vosotros una breve meditación, que me ha sugerido el subtítulo de esta solemne ostensión: «El misterio del Sábado Santo».

Se puede decir que la Sábana Santa es el icono de este misterio, icono del Sábado Santo. De hecho, es una tela sepulcral, que envolvió el cadáver de un hombre crucificado y que corresponde en todo a lo que nos dicen los Evangelios sobre Jesús, quien, crucificado hacia mediodía, expiró sobre las tres de la tarde. Al caer la noche, dado que era la Parasceve, es decir, la víspera del sábado solemne de Pascua, José de Arimatea, un rico y autorizado miembro del Sanedrín, pidió valientemente a Poncio Pilato que le permitiera sepultar a Jesús en su sepulcro nuevo, que había mandado excavar en la roca a poca distancia del Gólgota. Obtenido el permiso, compró una sábana y, después de bajar el cuerpo de Jesús de la cruz, lo envolvió con aquel lienzo y

lo depuso en aquella tumba (cf. *Mc* 15, 42-46). Así lo refiere el Evangelio de san Marcos y con él concuerdan los demás evangelistas. Desde ese momento, Jesús permaneció en el sepulcro hasta el alba del día después del sábado, y la Sábana Santa de Turín nos ofrece la imagen de cómo era su cuerpo depositado en el sepulcro durante ese tiempo, que cronológicamente fue breve (alrededor de día y medio), pero inmenso, infinito en su valor y significado.

El Sábado Santo es el día del ocultamiento de Dios, como se lee en una antigua homilía: «¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad, porque el Rey duerme (...). Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción a los infiernos» (*Homilía sobre el Sábado Santo*: PG 43, 439). En el Credo profesamos que Jesucristo «padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos».

Queridos hermanos y hermanas, en nuestro tiempo, especialmente después de atravesar el siglo pasado, la humanidad se ha hecho particularmente sensible al misterio del Sábado Santo. El escondimiento de Dios forma parte de la espiritualidad del hombre contemporáneo, de manera existencial, casi inconsciente, como un vacío en el corazón que ha ido haciéndose cada vez mayor. Al final del siglo XIX, Nietzsche escribió: «¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!». Esta famosa expresión, si se analiza bien, está tomada casi al pie de la letra de la tradición cristiana; con frecuencia la repetimos en el vía crucis, quizá sin darnos plenamente cuenta de lo que decimos. Después de las dos guerras mundiales, de los *lagers* y de los *gulags*, de Hiroshima y Nagasaki, nuestra época se ha convertido cada vez más en un Sábado Santo: la oscuridad de este día interpela a todos los que se interrogan sobre la vida; y de manera especial nos interpela a los creyentes. También nosotros tenemos que afrontar esta oscuridad.

Y, sin embargo, la muerte del Hijo de Dios, de Jesús de Nazaret, tiene un aspecto opuesto, totalmente positivo, fuente de consuelo y de esperanza. Y esto me hace pensar en el hecho de que la Sábana Santa se comporta como un documento «fotográfico», dotado de un «positivo» y de un «negativo». Y, en efecto, es precisamente así: el misterio más oscuro de la fe es al mismo tiempo el signo más luminoso de una esperanza que no tiene confines. El Sábado Santo es la «tierra de nadie» entre la muerte y la resurrección, pero en esta «tierra de nadie» ha entrado Uno, el Único que la ha recorrido con los signos de su Pasión por el hombre: «*Passio Christi. Passio hominis*». Y la Sábana Santa nos habla exactamente de ese momento, es testigo precisamente de ese intervalo único e irrepetible en la historia de la humanidad y del universo, en el que Dios, en Jesucristo, compartió no sólo nuestro morir, sino también nuestra permanencia en la muerte. La solidaridad más radical.

En ese «tiempo más allá del tiempo», Jesucristo «descendió a los infiernos». ¿Qué significa esta expresión? Quiere decir que Dios, hecho hombre, llegó hasta el punto de entrar en la soledad máxima y absoluta del hombre, a donde no llega ningún rayo de amor, donde reina el abandono total sin ninguna palabra de consuelo: «los infiernos». Jesucristo, permaneciendo en la muerte, cruzó la puerta de esta soledad última para guiarnos también a nosotros a atravesarla con él. Todos hemos experimentado alguna vez una sensación espantosa de abandono, y lo que más miedo nos da de la muerte es precisamente esto, como de niños tenemos miedo a estar solos en la oscuridad y sólo la presencia de una persona que nos ama nos puede tranquilizar. Esto es precisamente lo que sucedió en el Sábado Santo: en el reino de la muerte resonó la voz de Dios. Sucedió lo impensable: es decir, el Amor penetró «en los infiernos»; incluso en la oscuridad máxima de la soledad humana más absoluta podemos escuchar una voz que nos llama y encontrar una mano que nos toma y nos saca afuera. El ser humano

vive por el hecho de que es amado y puede amar; y si el amor ha penetrado incluso en el espacio de la muerte, entonces hasta allí ha llegado la vida. En la hora de la máxima soledad nunca estaremos solos: «*Passio Christi. Passio hominis*».

Este es el misterio del Sábado Santo. Precisamente desde allí, desde la oscuridad de la muerte del Hijo de Dios, ha surgido la luz de una nueva esperanza: la luz de la Resurrección. Me parece que al contemplar este sagrado lienzo con los ojos de la fe se percibe algo de esta luz. La Sábana Santa ha quedado sumergida en esa oscuridad profunda, pero es al mismo tiempo luminosa; y yo pienso que si miles y miles de personas vienen a venerarla, sin contar a quienes la contemplan a través de las imágenes, es porque en ella no ven sólo la oscuridad, sino también la luz; más que la derrota de la vida y del amor, ven la victoria, la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio; ciertamente ven la muerte de Jesús, pero entrevén su resurrección; en el seno de la muerte ahora palpita la vida, pues en ella habita el amor. Este es el poder de la Sábana Santa: del rostro de este «Varón de dolores», que carga sobre sí la pasión del hombre de todos los tiempos y lugares, incluso nuestras pasiones, nuestros sufrimientos, nuestras

dificultades, nuestros pecados —«*Passio Christi. Passio hominis*»—, emana una solemne majestad, un señorío paradójico. Este rostro, estas manos y estos pies, este costado, todo este cuerpo habla, es en sí mismo una palabra que podemos escuchar en silencio ¿Cómo habla la Sábana Santa? Habla con la sangre, y la sangre es la vida. La Sábana Santa es un icono escrito con sangre; sangre de un hombre flagelado, coronado de espinas, crucificado y herido en el costado derecho. La imagen impresa en la Sábana Santa es la de un muerto, pero la sangre habla de su vida. Cada traza de sangre habla de amor y de vida. Especialmente la gran mancha cercana al costado, hecha de la sangre y del agua que brotaron copiosamente de una gran herida provocada por un golpe de lanza romana, esa sangre y esa agua hablan de vida. Es como un manantial que susurra en el silencio y nosotros podemos oírlo, podemos escucharlo en el silencio del Sábado Santo.

Queridos amigos, alabemos siempre al Señor por su amor fiel y misericordioso. Al salir de este lugar santo, llevamos en los ojos la imagen de la Sábana Santa, llevamos en el corazón esta palabra de amor, y alabamos a Dios con una vida llena de fe, de esperanza y de caridad. Gracias.

